

cer reir á expensas mías al señor Conde, y así fue. El sobrino preguntó ¿qué misterio encerraba aquello? No es cosa, replicó el tío riyéndose; es que un dia Santillana quiso trocar un diamante por un rubí, y este trueque ni le fué de honor ni provecho.

Hubiera salido ventajoso si el Ministro no hubiera dicho mas; pero tomó el trabajo de contar la pieza que Camila y Don Rafael me habian jugado en la posada, y se extendió particularmente en las circunstancias que mas me mortificaban. Despues de haberse divertido bien S. E. me mandó acompañar al Conde de Sumel, el que me llevó á casa de un joyero en donde escogimos las joyas que llevamos al Príncipe, las cuales se me confiaron para que las diese á Catalina, y despues fuí á mi casa á tomar dos mil doblones del dinero del Duque para pagar al mercader.

Es ocioso preguntar si la noche siguiente fuí recibido de las señoras con agrado quando las presenté los regalos de mi embaxada, que consistian en un bello par de rosetas de diamantes con los pendientes para la sobrina. Encantadas la una y la otra de las demostraciones de amor y generosidad del Príncipe, principiaron á charlar como dos comadres y á darme gracias, porque las habia procurado tan buen conocimiento; con el exceso de su alegría se olvidaron de su ficcion. Se les escaparon algunas palabras que me hicieron sospechar que yo

habia facilitado al hijo de nuestro gran Monarca una picarona. Para saber ciertamente si yo habia conseguido tan excelente empresa me retiré con intento de instruirme de Scipion.

## CAPITULO XII.

*Quien era Catalina; embarazo de Gil Blas; su inquietud, y la precaucion que tomó para sosegarla.*

Al entrar en mi casa ví un gran trastorno. Pregunté la causa, y se me dixo que Scipion daba aquella noche de cenar á seis de sus amigos. Cantaban á gritos, y reían á carcajadas. Esta cena á la verdad no era el banquete de los siete Sabios.

El que la daba, luego que supo mi llegada, dixo á sus compañeros: señores; no es nada, es el amo que ha venido: no os inquieteis, continuad divirtiendoo. Voy á decirle dos palabras, é inmediatamente vuelvo. Vino, pues, á mí: ¿qué gritería es esa le dixen? ¿Qué casta de gentes son las que regalas allá baxo? ¿Son poetas? No señor, perdone Vmd., me respondió: sería lástima dar vuestro vino á semejantes gentes; yo sé hacer mejor uso de él. Entre mis convidados hay un jóven muy rico que pretende un empleo por vuestra mediacion y su dine-

ro. Por él se hace la fiesta. A cada trago aumenta diez doblones á lo que se ha de dar, y ha de seguir bebiendo hasta el amanecer. Siendo así, le respondí, vuélvete á la mesa y no escasees el vino.

No juzgué á propósito hablarle entónces de Catalina, dexándolo para por la mañana al levantarme, que lo hice de esta suerte: amigo Scipion, tú sabes del modo que los dos vivimos; yo te trató mas como amigo que como á criado, y por consiguiente harás muy mal de engañarme como haceis con los amos. Entre nosotros no ha de haber secreto: voy á decirte una cosa que te sorprehendará, y tú por tu parte me dirás qué piensas de las mugeres que me has dado á conocer. Hablando los dos en satisfaccion sospeché que son dos mugeres públicas, tanto mas refinadas quanto afectan mas simplicidad. Si las hago justicia no tiene el Príncipe gran motivo de estarme agradecido, porque te confieso que para él te pedí la dama. Le he llevado á casa de Catalina, y se ha enamorado de ella. Señor, me respondió Scipion, debo mucho á Vmd. y no puedo dexar de serle sincero. Ayer tuve una conversacion con la criada de estas dos Princesas; ella me ha contado su historia, que me ha parecido divertida. Voy á referirla sucintamente, y aseguro que no le ha de desagradar.

Catalina, prosiguió, es hija de un hidalguillo Aragonés. Habiéndose encontrado de

quince años huérfana, y tan pobre como bonita, se casó con un Caballero del Hábito, anciano, que la llevó á Toledo, y habiéndole servido mas de padre que de esposo, murió á los seis meses: ella recogió su herencia, que consistia en algunas ropas y en trescientos doblones en dinero contante: despues se juntó con la señora Mencía, quien todavía estaba fresca, aunque ya en su declinacion. Estas dos buenas amigas vivieron juntas y principiaron á observar una conducta de que la Justicia quiso tomar conocimiento. Desagradadas de esto ó despechadas de otra cosa dexaron con aceleracion á Toledo para venir á establecerse en Madrid, en donde viven cerca de dos años hace sin frecuentar ninguna señora de la vecindad. Pero oíga. Vmd. lo mejor: han alhajado dos pequeñas casas separadas solamente por un tabique, cuya comunicacion la tienen por una escalera que hay en la cueva. La señora Mencía vive con una criada de poca edad en una de estas casas, y la viuda del Comendador en la otra con una dueña vieja, que la hace pasar por su abuela; de modo que nuestra Aragonesa tan presto es sobrina educada por su tia, como una pupila baxo la tutela de su abuela. Quando hace de sobrina se llama Catalina, y quando de nieta Sirena.

Al oír el nombre de Sirena interrumpí á Scipion todo asustado, ¿qué me dices? me haces temblar. Hay de mí! Temo que esta mal-

di-

dita Aragonesa no sea la dama de Roncal. ¡He! justamente, respondió, es ella misma. Yo creía dar á Vmd. gran gusto participándole esta noticia. Pues no lo creas, repliqué; mas me causa disgusto que alegría. ¿No percibes tú las conseqüencias? A fé mia que no, dixo Scipion. ¿Qué mal puede suceder? No ha de descubrir el Barón precisamente lo que pasa; y si Vmd. teme que se lo digan, prevenga al primer Ministro: cuéntele Vmd. el caso naturalmente. El conocerá la buena fé de Vmd., y si despues quisiese el Barón hacerle algunos malos oficios, S. E. verá que su venganza es quien le excita para hacer daño.

Con este discurso me quitó Scipion el miedo. Seguí su consejo, y di parte al Duque de Melar de este desagradable descubrimiento: tambien afecté contárselo con ayre triste, para persuadirle á que sentia haber inocentemente dado al Príncipe la dama de Roncal; pero el Ministro, lejos de compadecerse de su favorito, hizo de ello burla. Despues me dixo que siguiera mi oficio, y que sobre todo era de mucha gloria al Barón amar la misma dama que el Príncipe, y recibir el mismo trato que él. Instruí en los mismos términos al Conde de Sumel, quien me aseguró su proteccion, si el primer Secretario descubria la intriga y queria ponerme mal con el Duque.

Con esta maniobra creí haber libertado la embarcacion de mi fortuna del peligro de en-

callar, y nada mas temí. Seguí acompañando al Príncipe á casa de Catalina, por otro nombre la bella Sirena, que tenia la habilidad de encontrar excusas para apartar de su casa al Barón las noches que tenia precision de acompañar á su ilustre rival.

## CAPITULO XIII.

*Gil Blas continúa haciendo el papel de Señor; tiene noticia de su familia; qué impresion le hace; marañase con Fabricio.*

Ya tengo dicho que por las mañanas tenia en mi antesala muchas gentes que venian á proponerme algunas cosas; mas yo no queria que me las dixesen de viva voz. Siguiendo el uso de la Corte, ó mas bien para hacerme de mas valer, decia á cada pretendiente: déme Vmd. un memorial. Tanto me habia acostumbrado á esto, que un dia lo respondí así al dueño de mi casa que vino á decirme le debia un año de alquiler. Por lo que hace al carnicero y panadero, no daban lugar á que yo les pidiese memorial, pues eran muy exáctos en traerlos todos los meses. Scipion, que era una copia mia, se portaba del mismo modo con los que se le

208 *Las Aventuras de Gil Blas.*

dirigian para que me interesáse en su servicio. Yo tenia otra ridiculez de que no pienso excusarme; era tan fatuo que hablaba de los Grandes Señores como si fuese de su misma esfera. Si, por ejemplo, tenia que citar al Duque de Alba, al Duque de Osuna, ó al de Medinasidonia, decia sin cortesía, Alba, Osuna, y Medinasidonia. En una palabra, me habia vuelto tan orgulloso y vano, que ya no era hijo de mis padres. ¡ Ah, pobre dueña, y pobre escudero, ni pensaba en vosotros, ni habia tenido cuidado alguno de informarme de vuestra situacion! La Corte tiene la virtud del rio Leteo para hacernos olvidar de nuestros parientes y amigos, si se hallan en mal estado.

Quando mas olvidada tenia mi familia, entró una mañana en mi casa un mozo, que me dixo tenia que hablar conmigo un momento á solas; le hice entrar en mi gabinete, en donde sin ofrecerle una silla por parecerme hombre ordinario, le pregunté para qué me queria. Señor Gil Blas, me dixo, ¿pues que no me conoce Vmd.? Por mas que le miré con atencion, tuve que responderle que su cara me era desconocida. Yo soy, me replicó, uno de vuestros compañeros, natural del mismo Oviedo, é hijo de Beltran Moscada el especiero, vecino de vuestro tio. Yo os conozco muy bien. Mil veces hemos jugado los dos á la gallinita ciega.

De los entretenimientos de mi niñez, le respondí, solo tengo una idea confusa; los cuida-

*Lib. VIII. Cap. XIII.* 209

dos que me han ocupado despues, me han hecho perder la memoria. He venido á Madrid, me dixo, en confianza del corresponsal de mi padre. He oido hablar de Vmd. y me han dicho que está sobre un buen pié en la Corte, y rico como un judio, de lo que doy á Vmd. la enhorabuena, y ofrezco á mi vuelta llenar de gusto su familia dándoles una nueva tan agradable.

Aunque fuera por cumplimiento no podia dexar de preguntar el estado de mis padres y mi tio; pero lo hice con tanta frialdad que no dí motivo á mi especiero para que admiráse la fuerza de la sangre, lo qual me hizo conocer muy bien; se manifestó picado de mi indiferencia con unas personas que me debian ser tan amadas; y como este mozo era franco y grosero me dixo asperamente: yo creía que tuvieseis mas ternura y sensibilidad con vuestros parientes. No parece sino que los habeis olvidado segun la frialdad con que me preguntais por ellos. ¿Vmd. ignora su situacion? Sepa que su padre y su madre todavia están sirviendo, y que el buen Canónigo Gil Perez, oprimido con la edad y las enfermedades, está en sus últimos vales. Debe Vmd. escuchar á la naturaleza; y pues que tiene proporcion de socorrer á sus padres, le aconsejo como amigo que les envíe todos los años doscientos doblones. Este socorro, sin incomodar á Vmd. les procurará una vida dulce y feliz.

TOMO III.

DD

En

En lugar de ablandarme la pintura que hacia de mi familia, me picó la libertad que se tomaba de aconsejarme sin que yo se la diese; quizá con mas maña me hubiera persuadido, pero su franqueza solo sirvió para irritarme. Mi silencio se lo dió á entender, y continuando su exhortacion con mas malicia que caridad, me impacientó. ¡Oh! basta, basta, respondí lleno de cólera. Vaya Vmd. señor de Moscada, no se meta en negocios ajenos. Vaya y busque al corresponsal de su padre, y cuente con él. ¿Tiene Vmd. acaso obligacion de enseñarme mi obligacion? Sé mejor que Vmd. lo que he de hacer en este caso. Dicho esto eché de mi gabinete al especiero, y le envié á Oviedo á vender azafran y pimienta.

Lo que acababa de decirme no dexó de ofrecerse á mi imaginacion; y echándome en cara á mí mismo que era un hijo desnaturalizado, me enternecí. Traxe á la memoria los cuidados que habian tenido de mi niñez, y educacion. Me representé lo que debia á mis padres, y mis reflexiones fueron acompañadas de algunos impulsos de reconocimiento, y no obstante para nada contribuyeron. Mi ingratitud ahogó bien presto estos sentimientos, á lo que se siguió un profundo olvido. Muchos padres hay que tienen hijos semejantes.

La codicia y la ambicion que me poseían, mudaron del todo mi humor. Perdí toda mi alegría, y estaba siempre distraido y pensativo; en

una

una palabra, un bruto. Viéndome Fabricio tan sacrificado á la fortuna, y tan indiferente con él, venia á mi casa, pero no pudo dexar de decirme un dia: en verdad, Gil Blas, que no te conozco. Antes de venir á la Corte siempre tenias el ánimo tranquilo; ahora te veo sin cesar agitado. Formas proyecto sobre proyecto para enriquecerte, y quanto mas tienes, mas quieres. Ademas, ¿me atreveré á decirlo? Ya no tienes conmigo aquellas confianzas, aquellas familiaridades que hacen las delicias de las amistades; antes por el contrario me tratas con reserva, y ocultas lo interior de tu alma. Tambien observo que eres contenido en los favores que me haces. En fin, este Gil Blas no es el mismo que yo conocia.

Tú sin duda te chanceas, le respondí con frialdad. Yo ninguna mudanza percibo en mí. Tus ojos están fascinados, replicó, y no debes consultarlos. Créeme, es muy verdadera tu mudanza. Habla, amigo, ingenuamente, ¿nos tratamos acaso como otras veces? Quando por la mañana llamaba á tu puerta, venias tú mismo á abrirme, y muchas veces casi durmiendo, y yo entraba en tu quarto sin ceremonia. Pero hoy ¿qué diferencia! tienes lacayos, se me hace esperar en tu antesala mientras dan récado de si puedo hablarte. Despues de esto, ¿cómo me recibes? Con una fria política, y haciendo de señor. Parece que mis visitas principian á incomodarte. ¿Crees tú que semejante recibimiento

DD 2

agra-

agrade á un hombre que ha sido tu camarada? Nó, Santillana, nó; de ningún modo me conviene. A Dios; separémonos amigablemente. Deshagámonos ambos, tú de un censor de tus acciones, y yo de un nuevo rico que se olvida de sí mismo.

Yo me sentí mas exâsperado que movido de sus reprehensiones, y le dexé retirarse sin hacer el menor esfuerzo para detenerle. La amistad de un poeta no era cosa tan preciosa que debiese afligirme su pérdida en el estado en que me hallaba, además, facilmente hallé consuelo en el trato de algunos empleados de Palacio, con quienes por la semejanza de humor habia poco tenia amistad. Estos nuevos conocimientos eran con hombres, cuya mayor parte venian de no sé dónde, y á quienes su dichosa estrella habia conducido á sus empleos. Todos estaban ya acomodados, y atribuyendo estos miserables á su mérito los beneficios que la bondad del Rey les habia conferido, se olvidaban como yo de sí mismos, y nos creíamos personajes respetables. ¡Oh fortuna! vé aquí como dispensas los favores las mas veces. Hizo bien el Estoico Epiteto en compararte á una joven ilustre que se entrega á los criados.

FIN DEL LIBRO OCTAVO.

AVEN-

## AVENTURAS

DE GIL BLAS DE SANTILLANA

LIBRO NONO.

CAPITULO PRIMERO.

*Escipion quiere casar á Gil Blas, y le propone la hija de un rico y famoso platero. De los pasos que se dieron para este fin.*

Una noche despues de haber despedido la compañía que habia venido á cenar conmigo, pregunté á Escipion qué habia hecho en aquel dia. Una accion de padre de familia, me respondió. Procuro á Vmd. un rico establecimiento; le quiero casar con la hija única de un platero conocido mio. ¡Hija de un platero, exclamé con ayre desdeñoso! ¿Has perdido el juicio? Teniendo tal qual mérito, y estando en la Corte sobre cierto pie, me parece se debe tener ideas mas elevadas. ¡Ay! señor, repitió Escipion, no penseis así. Pensad que el varon es quien ennoblece; no querais ser mas delicado que